

sangre, habian abrazado el calvinismo quizá por conviccion, mas tambien por odio á los Guisas, que pasaban por dominantes en la córte. Se contaban entre los religionarios el rey titular de Navarra Antonio de Borbon, su hermano el príncipe de Condé, el almirante Coligni, su hermano Audelot y otros varios personajes. En las provincias del mediodia sobre todo contaban con muchas ciudades y fieles adherentes. La misma córte estaba dividida entre la faccion de los Montmorency y de los Guisas, distinguiéndose estos últimos por su mayor ambicion, mayor capacidad y mas audacia. Era sin disputa el duque de Guisa el que gozaba de mas gloria personal en Francia. Muy cercano estaba el dia en que los celos, las animosidades, la ambicion y la intolerancia religiosa iban á encender en el pais el fuego de la guerra civil que tardó mucho mas de un cuarto de siglo en apagarse. Ya veremos lo que con estos acontecimientos está mezclada la historia, sino precisamente de España, al menos de nuestro don Felipe.

CAPITULO XX.

Trata Felipe II de restituirse á España.-Estado de los Países-Bajos.-Bosquejo de su historia durante su posesion por los duques de Borgoña.-Por los príncipes de la casa de Austria.-Disposiciones de Felipe.-Ereccion de nuevos obispados.-Nombramiento de gobernadora de los Países-Bajos.-De gobernadores de las diferentes provincias.-Se embarca el rey y llega á España.

MIENTRAS tanto (1559) se hallaba impaciente este monarca de volver á España, pais de su nacimiento, de su educacion, de su predileccion, y del que se hallaba ausente desde 1554. Solo la necesidad de atender á los negocios de la guerra le habia detenido en Flandes despues que se puso en posesion de los vastos estados de su padre, por lo que inmediatamente que vió ajustada la paz y celebrado su matrimonio por poder, no pensó mas que en ejecutar su proyecto favorito.

Mas si su inclinacion, el estado de los negocios de España y los ruegos de la regente su hermana le llamaban otra vez á este pais, no debia de mirar sin gran cuidado, sin sérias inquietudes el estado en que Flandes se encontraba. Exige el órden cronológico y la naturaleza de esta obra que antes de pasar adelante fijemos los ojos en un pais que representa uno de los primeros papeles en la historia de Felipe II, como que formaba una parte importante de su monarquía, y fué teatro de los mas grandes acontecimientos que ocurrieron durante su reinado. Bajo el aspecto de la localidad, bajo el de su indole, de sus instituciones, de sus convulsiones políticas, de sus guerras formales, es digno este pais de las indagaciones del historiador, de las meditaciones del filósofo. Allí se desarrolló la industria de un modo prodigioso, y florecieron las primeras plazas y emporios del comercio del mundo: allí lucharon del modo mas encarnizado los principios opuestos en religion y en política: allí lucieron su habilidad y genio los primeros y mas esclarecidos capitanes de aquel siglo, tan fecundo en campos de batalla.

La region llamada entonces Países-Bajos y tambien Flandes, del nombre de una de sus principales provincias, comprendia con alguna diferencia los dos reinos que hoy se denominan Bélgica y Holanda. Formaban los belgas parte de la Galia, segun la descripcion que nos ha dejado de ella Julio César, y se lee repetidas veces su nombre en la descripcion de las guerras que hizo en este pais por espacio de diez años. Tambien el nombre de los Batavos, de los Frisones, dos provincias de los Países-Bajos, son conocidos y se hallan enlazados con las conquistas de los romanos en las provincias del Rhin, y las partes de la Germania con este rio confinantes. Cuando la irrupcion de los bárbaros del norte y trastorno del imperio romano de occidente, se perdió su nombre y desapareció su historia como la de una infinidad de estados que en la confusion de tantas transmigraciones quedaron como envueltos. Sin duda hicieron parte los Países-Ba-

jos del imperio colosal que fundó con las armas Carlo Magno. Desde los siglos que se llaman la edad media se les ve aparecer en la historia con los nombres que tienen en el día, regidos por distintos príncipes de mas ó menos poderío, y que tomaban parte en los diversos negocios públicos de aquellos tiempos. Se ven algunos de ellos figurando en el teatro de las Cruzadas, y los mas próximos á Francia entraron á veces en relaciones de alianza y de enlaces matrimoniales con sus príncipes. Por matrimonios, por acciones, por compras, por otros contratos semejantes se incorporaron la mayor parte de estas provincias desde principios del siglo XV en los estados de los duques de Borgoña. Aumentaron Felipe el Bueno y su hijo Carlos el Temerario estas nuevas posesiones, y con la adquisicion de provincias tan ricas se hizo dicha casa una de las primeras y mas opulentas de la Europa. A mas engrandecimiento aspiraba el duque Carlos, á quien sus guerras y empresas dieron el título de Temerario. Sin duda no hubiese tardado mucho en cambiar por el de rey su título de duque, si la muerte en los campos de Nancy no hubiese puesto fin á sus proyectos.

Desearon varios príncipes la mano de la única hija y heredera que dejaba. La obtuvo Maximiliano de Austria, hijo del emperador de Alemania Federico III, y por este matrimonio pasaron con el tiempo los Países-Bajos al poder de España.

Parecia natural que Luis XI, rey de Francia, solicitase para su hijo la mano de la heredera de Borgoña, mas prefirió apelar á las armas para incorporar este ducado á la corona de Francia, con el pretexto de que era un feudo que no podia recaer mas que en varones. Tambien se apoderó del Artois y de la Flandes francesa, y aunque Maximiliano las recuperó, de resultas de su victoria en Guinegate, se cedieron otra vez á Francia, como dote de la princesa Margarita, hija de Maximiliano y de María, prometida esposa del Delfin, hijo de Luis XI. Mas este príncipe, que fué el rey Carlos VIII, repudió la

princesa para casarse con la heredera de Bretaña, y restituyó dichas provincias. Ya hemos visto tratando del emperador Carlos V, que reclamaba como suyo el ducado de Borgoña, como parte de la herencia de su abuela María, y que su cesion, fué uno de los artículos del tratado de Madrid que no tuvieron cumplimiento. El ducado de Borgoña habia sido incorporado á la Francia ya de muy antiguo; mas el rey Carlos V hizo de este pais un infantazgo, para uno de sus hijos, de quien los nuevos duques descendian.

Las provincias de los Países-Bajos reconocian un señor comun, mas no componian un estado. Cada una de ellas tenia un gobierno particular, instituciones y privilegios diferentes, segun los príncipes que los habian dominado, y las diversas causas que en el otorgamiento habian influido. Diferentes en organizacion, lo eran asimismo en índole. Las mas se miraban con rivalidad, como sucede casi siempre á todos los pueblos fronterizos. El señorío de todas era hereditario, mas nunca prestaban juramento de obediencia al sucesor, hasta que juraba este por su parte conservar y respetar sus privilegios.

De muy antiguo se habian distinguido estas provincias por su laboriosidad y por su industria. Como las marítimas ocupan una costa frecuentemente inundada por el mar, sugirió á sus habitantes la necesidad, el recurso de poner freno á este elemento, por medio de diques y canales, disputándole asi su territorio.—Con esto se hicieron diestros marinos, atrevidos navegantes. Los varios rios que atraviesan su pais, y le enlazan con Francia y Alemania, les ofrecian la ventaja de combinar el comercio interior con el marítimo; y la fertilidad de algunas de sus provincias, al proporcionarles tráfico seguro con la exportacion de sus productos, influia notablemente en los progresos de la agricultura. Con el trabajo y la paz no interrumpida, de que disfrutaban, llegó á florecer en el pais todo género de industria. Con el comercio prosperaron las artes, y con ellas las manu-

facturas. En los Países-Bajos, se elaboraban los artículos de mas lujo, en vestidos, muebles y sobre todo armas que se usaban en aquellos tiempos. Brujas, Gante, Malinas, Bruselas y sobre todo Amberes, llegaron á ser las principales plazas de comercio. En ellas tenían factorías las naciones mas comerciantes de la Europa, y sobre todo Amberes se consideraba como el punto de comunicacion, entre los productos del Mediodia y los del Norte. Era prodigioso el número de buques mercantes que entraban y salían de su puerto: frecuentaban el Báltico, las costas de Inglaterra, las del Mediodia, las escalas de Levante. A principios del siglo XVI era Amberes la primera plaza de Europa, el almacén general de casi todas las producciones, el sitio á donde concurrían los primeros negociantes de la tierra, la salida de todos los frutos del país y de todo el Norte, y partes interiores de Alemania. El descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, que causó tanto detrimento al comercio de Venecia y escalas de Levante, dió nuevas creces al de Amberes.

La riqueza que es el fruto de la industria, no podía menos de ser el patrimonio de los Países-Bajos: en el mismo sentido creció el número de sus habitantes, de sus poblaciones. Ningun país de Europa encerraba en un mismo espacio igual número de pueblos considerables, de plazas fuertes, de monumentos de la industria. Todas las artes de lujo y de magnificencia que siguen la adquisicion de la riqueza, todas las que la proporcionan y fomentan, tenían su asiento en los Países-Bajos. Lo que era la Italia en los siglos XIII, XIV y mitad del XV, con respecto á los demás pueblos de la Europa, lo fueron los estados de Flandes en la segunda mitad de este último siglo y principios del siguiente. La tapicería, la relojería, el arte de pintar en vidrio, los tejidos de las ricas telas de seda, plata y oro; la tipografía, la arquitectura, la pintura, las artes que mas llaman en Italia, habían formado también su escuela en los Países-Bajos.

Eran demasiado positivas las ventajas debidas á esta industria y opulencia, para que desconociesen su valor los príncipes que aquellos estados gobernaban. Era imposible que fuesen avaros de concesiones y privilegios, hácia pueblos que tantos recursos les proporcionaban en sus guerras y otros apuros de la misma especie. En la adquisicion de los Países-Bajos, tenían los duques de Borgoña una mina de poder y de riqueza, y su pabellón era respetado y temido en todos los pueblos de la Europa. No debían, pues, de pensar en el despojo de privilegios, y de libertades que son el alma de la industria, tratándose de los que al abrigo de ella prosperaban. Por su parte los pueblos que conocían el valor de lo que daban, eran celosos de la retribucion, y vigilaban porque estuviesen en ejercicio sus derechos. En uso estaban de resistir los caprichos de sus príncipes, y habérselas con los mas dominantes é imperiosos. No pudo amoldarlos á su albedrío el mismo Carlos el Temerario, á quien todo se humillaba. Del lado mismo de su hija María, arrancaron en cierta ocasion á favoritos y consejeros, que pasaban por abusar de su confianza. A su esposo, el príncipe Maximiliano, se le resistieron una vez abiertamente, y le hicieron salir de sus estados, por no querer darle la regencia del país en nombre de su hijo á la muerte de María.

Fué demasiado corta la vida de Felipe el Hermoso, para formar época en la historia de los Países-Bajos. En su hijo Carlos V, concurrieron opuestas circunstancias.

Bajo la dominacion de los duques de Borgoña, eran los Países-Bajos la parte principal de sus estados. Cuando subió Carlos al poder, precisamente debieron de decaer de su importancia política, reducidos á una provincia pequeña de una vasta monarquía. Absoluto el emperador con muy escasas cortapisas en España, Nápoles y lo demás que poseía en Italia, no era natural que mirase con predileccion los privilegios y constituciones de los Países-Bajos. En otras partes era rey y monarca: aquí tan solo

señor y el primero de sus ciudadanos. En lugar pues de concentrar su atención en Flandes, miró naturalmente este país como mero instrumento de ambición y engrandecimiento en otros puntos. Conocieron muy bien los flamencos su nueva posición, y por lo mismo que podía mucho su señor, tuvieron despierta á todas horas su atención y suspicacia. No atentó abiertamente el emperador á sus derechos y constitución; mas tampoco mostró mucho que las miraba con respeto. En algunas dependencias públicas introdujo extranjeros que no podían tener mas intereses que los del soberano que los empleaba. Tampoco faltaron soldados imperiales en muchas de sus plazas fuertes. No era tampoco muy parco el emperador en pedir los subsidios de que siempre estaba tan necesitado, y que despues de negativas y siempre con grande repugnancia, eran concedidos al fin con el temor de perder sus privilegios. Mas era demasiado prudente y astuto Carlos V para despojarlos de lo que hacia su prosperidad, privándose á sí mismos de la parte á que se llamaba de los frutos de su industria.

Se hallaban las cosas bajo este pié cuando las innovaciones en materias religiosas prepararon en Flandes las calamidades y guerras civiles de que por mas de la cuarta parte de un siglo fué teatro.

No tuvo nacimiento en los Países-Bajos ni herejía, ni secta alguna de los que se llamaban reformados. Mas en una region tan relacionada por intereses de comercio con Alemania, Francia y Suiza, penetraron fácilmente las nuevas opiniones. Entre los innumerables extranjeros que acudian y habitaban en Amberes, todas las sectas entonces conocidas con el nombre de Luteranos, Calvinistas, Zuinglianos, Anabaptistas, etc., contaban con muchos partidarios. Los mismos soldados de Carlos V y enseguida de Felipe eran los introductores de la peste, en cuya extirpacion mostraban tanto afán entrambos príncipes. Hicieron pues las nuevas opiniones rápidos progresos en aquel país, propalándose en público, en con-

versaciones, en impresos, en sermones y hasta en los teatros; mas no se habian erigido todavía en lo que se llama Iglesia, ni tenian las nuevas sectas culto público.

Una cosa hay que no se debe jamás perder de vista en los tiempos del establecimiento de estas nuevas sectas, á saber: que todas ellas fueron siempre acompañadas de excesos, de violencias, de toda clase de desórdenes, probablemente contra la voluntad, con marcada repugnancia por parte de sus mismos fundadores. Mas no podian impedir estos que la muchedumbre ciega diese un siniestro sentido á sus palabras y que de ellas abusasen los malvados, para satisfacer sus vicios y pasiones. No podian menos de ser tomadas por muchos la voz de libertad evangélica y de conciencia como sinónima de libertinaje y desenfreno. La especie de que el culto católico era una pura idolatría, debia de arrojar á muchos impelidos de su necesidad ó de otras causas al despojo de los templos, cometiéndose en todos estos actos los mayores excesos de violencia: porque jamás se muestra el hombre tan bárbaro y feroz como cuando trata de cubrir sus crímenes con un velo religioso. Se repitieron pues en los Países-Bajos las escenas que habian tenido y tenian todavía lugar en Francia, Escocia, Alemania y otras partes.

Carlos V, cuyos sentimientos en materias religiosas son tan conocidos, no debió de mirar con espíritu de tolerancia este orden de cosas que se iba introduciendo en los Países-Bajos. Si consideraciones políticas y falta de verdadero poder le habian hecho contemporizar muchas veces con los príncipes luteranos de Alemania, no sucedia lo mismo con sus estados hereditarios de los Países-Bajos. Con los innovadores en materias religiosas, se mostró terrible; y para la extirpacion de la herejía apeló á medios tan extraordinarios como perentorios. En las principales ciudades se erigieron tribunales dedicados exclusivamente á perseguir y castigar el crimen de herejía, sin que á su jurisdicción se pudiese sustraer persona al-

guna. Se pronunciaron sentencias de muerte contra los propaladores de las nuevas opiniones, sea por escrito ó de palabra, contra los que explicaban la Escritura en casas particulares, contra los que ocultaban ó daban asilo á los culpables. La abjuracion de los errores no servia para evitar la pena capital, sino para modificarla. Los arrepentidos morian en suplicio comun y ordinario. Los impenitentes eran arrojados vivos á las llamas.

Muchas fueron las víctimas que hizo esta persecucion, mas no producian todavía el efecto deseado. Con el objeto de purgar mas eficazmente de herejia el suelo de los Países-Bajos, se trató de establecer el tribunal de la Inquisicion, y este solo nombre los llenó de espanto. En Amberes se cerraron los talleres, se suspendieron los trabajos de las manufacturas y pararon todos los negocios de comercio. Se apresuraban los negociantes á realizar, á ocultar su dinero; y los numerosos extranjerios trataban de abandonar la plaza que se hallaba en visperas de su completa ruina; mas Carlos V renunció á su proyecto en vista de las representaciones que le hizo su tia Margarita de Austria, hermana de Felipe el Hermoso, gobernadora entonces de los Países-Bajos.

Eran muy grandes el horror y terror que el nombre solo de la Inquisicion de España imprimia en Francia, en Alemania, en los Países-Bajos, en Escocia, en otras partes. En todas se quemaban herejes y mas que en España, por la simple razon de que aquí no habia tantos; bien que se suplía esta falta con la muchedumbre de judios y mahometanos en que se cebaba entonces la inquisicion entre nosotros. Mas sea por la antigua reputacion de este tribunal, ya por lo secreto de su modo de enjuiciar ó por su carácter de permanente y fijo cuando los otros eran solo creaciones del momento, se detestaba su nombre, tanto por los católicos como por los mismos protestantes. En los Países-Bajos, tuvo una influencia á todas luces lamentable.

A pesar de la crueldad de estos castigos, á pesar de

la gran propension al despotismo de que Carlos V daba tantas pruebas, fué todavía su nombre respetado y hasta cierto punto querido en los Países-Bajos. No podia menos de ejercer en sus ánimos el ascendiente que jamás se niega á las grandezas y á la gloria. Amortigua muchas veces su prestigio los sentimientos de libertad é independencia, y cura hasta la suspicacia apoyada en los mas firmes fundamentos. Tambien querian llamarse los Flamencos á la parte de la gran fama que alcanzaba su señor, y en su mismo poderío encontraban grandes ventajas para su comercio. En todos los puertos eran recibidos con la deferencia debida á súbditos del emperador y en los estados de este gozaban las mismas ventajas que los naturales. Se puede decir pues que los Países-Bajos llegaron al apogéo de su prosperidad y grandeza bajo la dominacion de Carlos V. Por otra parte, este monarca que conocia los hombres y tanto partido sabia sacar de sus observaciones, era muy popular en los Países-Bajos donde habia nacido y se habia criado; cuya lengua hablaba, cuyas costumbres conocia, y de cuya índole participaba. Lo franco de su trato y sus modales templaba en parte lo que podia tener de severo y de duro su gobierno. En Bruselas, donde residia con frecuencia, estaba como desterrada la etiqueta y vivia casi como un simple ciudadano, como un padre en medio de sus hijos. Politico y previsor al mismo tiempo, gustaba de emplear en comisiones de importancia á los señores y grandes del pais, lo que al mismo tiempo que halagaba su amor propio, los empeñaba en gastos muy considerables y los hacia depender de sus favores. El príncipe de Orange y el conde de Egmond, que eran los de mas viso en el pais, figuraban en todas las grandes embajadas, en todas las conferencias y ceremonias de aparato. Cualquiera que fuese su sistema de gobierno en el pais, no dejaba en él ninguna duda de que le miraba con gran predileccion y quizá con mas cariño que á todos sus demas estados. Asi la abdicacion de este príncipe fué verdaderamente senti-

da en los Países-Bajos, y en las lágrimas derramadas en aquella solemne ceremonia, hubo sin duda mas profundo sentimiento que el de una pasajera emocion, debida á lo imponente de la escena. No podian menos de hacer un paralelo los flamencos entre el monarca que se iba y el príncipe que le reemplazaba, el reverso para ellos de la medalla de su padre. Lo que éste tenia de franco, de afable, de llano en el trato, la poseía aquel de circunspecto, de serio, de ceremonioso y reservado. Ni sabia su lengua, ni mostraba deseos de aprenderla. Ya hemos visto que en la ceremonia de la abdicacion, respondió en nombre suyo á los estados el obispo de Arras Granvela, en atencion á que Felipe no sabia el francés, lengua que usó el emperador en aquel acto. Porque este monarca sabia hablar y hablaba efectivamente á todos en su lengua.

Nada habia mas opuesto á la índole y carácter de los flamencos que el de su nuevo soberano. Ni ellos podian gustar de Felipe II, ni Felipe II gustar de ellos. Un monarca de carácter mas flexible y menos esclusivo se hubiese mostrado muy satisfecho y complaciente al verse dueño y señor de diez y siete provincias; pues fué el primer príncipe que las heredó todas ricas, florecientes en agricultura, en artes, en todos los géneros de industria y de comercio. En un pais que no escede la sexta parte de España se contaban trescientas y cincuenta ciudades, seis mil trescientos pueblos considerables y una infinidad de lugares mas pequeños. Producian entonces los Países-Bajos mas que la Inglaterra. Era pues su posesion para el nuevo rey de España de una ventaja incalculable.

Mas Felipe II á cuyo buen juicio y penetracion no podian ocultarse estos objetos tan considerables, tenia sin duda consagrada su atencion en otros que le parecian preferibles. El carácter inquieto de los flamencos, su celo por la conservacion de sus derechos, el carácter democrático que predominaba en sus sentimientos, en las

asambleas de los estados y sobre todo el incremento que iba tomando en ellos la heregía, le sugirieron sin duda como máxima fundamental de su gobierno, el sujetarlos á la unidad del despotismo político, sobre todo á la unidad del sistema religioso. Uno de sus primeros cuidados ademas del establecimiento del tribunal de la inquisicion, del que hablaremos á su debido tiempo, fué el arreglo de las Diócesis de los Países-Bajos. Eran algunos de sus obispos sufragáneos de metropolitanos que residian en Francia y Alemania, y queriendo Felipe remediar este que le parecia un grave inconveniente, y al mismo tiempo aumentar el alto clero, solicitó bula de Paulo IV para que las provincias de los Países-Bajos se dividiesen en tres arzobispados y trece obispados, sujetando á estos á los primeros y eximiéndolos de la dependencia de los metropolitanos que se hallaban fuera.

Accedió el papa muy gustoso á los deseos del rey, y expidió una bula creando en los Países-Bajos las Metrópolis de Cambray, Malinas y Utrech; nombrando por sufragáneas de la primera las Sedes de Arrás, Tournay, Sanomer y Namur que se hicieron obispados: de la segunda las de Amberes, Gante, Brujas é Iprés, Boixle-Duc y Ruremonde, y de la tercera las de Orlén, Deventer, Ecidem, Middleburgo y Groninga. De todas estas Diócesis se marcaron los límites asignándose las rentas á los obispos y demas grandes funcionarios.

Para atender á este último objeto de grave consideracion; se dispuso que los nuevos obispos sucediesen á los abades del pais, y ocupasen sus rentas segun fuesen falleciendo. Produjo esto quejas no precisamente en los abades mismos, sino en los que tenian pretension de serlo. Las produjo en los monges á quienes se despojaba de sus rentas. Las produjo en los grandes que veian una disminucion de su crédito en la admision de los nuevos obispos en las asambleas de los estados.—Las produjo en el pais en general á cuyos ojos traslimitaba el rey sus atribuciones dando tantos indicios de querer atentar á sus

derechos. Miraban todos esta bula que daba una nueva organizacion eclesiástica al pais como medida precursora de otras mas considerables. Mas observaremos el orden cronológico dejando para otro tiempo las consecuencias que esta y otras mas innovaciones produjeron.

Contrayéndonos ahora á la persona de Felipe, era para el un negocio de grande consideracion el nombramiento de la persona que debia quedar gobernador de los Países-Bajos, pues el duque Filiberto de Saboya se volvia en virtud del tratado de Catan Cambresis á sus estados. Se presentaba naturalmente como el mas á propósito algun grande de los mas ricos y distinguidos del pais; pero en ninguno tenia gran confianza, y el príncipe de Orange que se reputaba como el principal era objeto de su secreta antipatía. Pensó primero en la persona del príncipe don Carlos; mas sin duda le detuvo la consideracion de sus demasiado cortos años.—Le aconsejaron el duque de Alba y algunos otros personajes de la corte entre los que se cuenta al obispo de Arrás que echase mano de la princesa Margarita, duquesa de Parma, que como nacida en los Países-Bajos, no podia escitar quejas de que se le daba por gobernador á un extranjero. Gustó el rey de la proposicion, y tal vez por no ocurrírsele entonces otra cosa mejor la nombró gobernadora durante su ausencia, dándola por consejero privado al mismo obispo de Arrás que fué nombrado despues arzobispo de Malinas.

Nombró ademas el rey gobernadores en todas las provincias, pero sujetos á la autoridad superior de Margarita. Pusó en la de Luxemburgo á Pedro Ernesto, conde de Mansfeldt; en la de Gueldres y Zupten, al conde de Meghemit; en las de Flandes y Artois, al conde de Egmont; en las de Holanda, Zelanda y Ubrech, al príncipe de Orange; en las de Haynault, Valenciennes y Cambray, al marqués de Vergnes; en la de Tourhay, al señor de Montigni; en las de Lila y Tonay, al señor de Corviere; en la de Frisia, al conde de Aremberg; en la de Namur, á Carlos Barlimont; y en la de la otra parte

del Mosa, al conde de Frisia. Las provincias de Brabante y Malinas quedaron bajo la inmediata autoridad de la princesa Margarita.

Era esta princesa hija natural de Carlos V, y de una dama de los Países-Bajos, habida antes del matrimonio del emperador, algunos años antes del nacimiento de Felipe. Habia casado en primeras nupcias con Alejandro de Médicis, duque de Florencia, asesinado por su primo Lorenzo, y en segundas nupcias con Octavio Farnesio, duque de Parma, nieto de Paulo III, y que á la sazón residia en sus estados. Tuvo de este matrimonio al famoso Alejandro Farnesio, mozo entonces de muy verdes años que se criaba en la corte de España al lado del príncipe don Carlos. No contribuyó poco el tener en sus manos esta prenda de seguridad, para que el rey de España la confiase cargo tan considerable. Tambien le movió á ello el interés de tener de su parte al duque de Parma, su marido, que en sus antiguas reyertas con el papa se habia mostrado, sino, contrario v acilante.

Concluyó el rey sus negocios en los Países-Bajos, celebrando un capítulo de la orden del Toison de Oro, en que se confirió el collar al nuevo rey Francisco II de Francia, al duque de Urbino, á Marco Antonio Colonna, duque de Paliano, al marqués de Benti y á otros varios personajes. En seguida se despidió de los estados reunidos, de orden suya en Gante, diciéndoles que como sus negocios reclamaban el que se trasladase á España, les dejaba por gobernadora una princesa nacida entre ellos, con todos los demas gobernadores de las demas provincias. Les encargaba que se mantuviesen fieles en la religion católica, y no permitiesen permanecer en las provincias persona alguna infestada con las doctrinas nuevas de Alemania, concluyendo con la indicacion de que no ignorando ellos los crecidos gastos que se le ocurrían, esperaba de su parte un servicio liberal, proporcionado á la exigencia de sus circunstan-